



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

6107—Imp. de Gabriel L. y del Horno, San Bernardo, 92.—Teléf. 3022.

PROBLEMAS SOCIALES

CAPITULO PRIMERO

LA CRECIENTE IMPORTANCIA DE LAS CUESTIONES SOCIALES

Hay momentos en nuestra vida que exigen el concurso de todas nuestras fuerzas: cuando comprendemos que, desechando ilusiones, debemos decidir y obrar con toda nuestra inteligencia y energía. Así, en la vida de los pueblos llegan períodos que requieren muy especialmente actividad é inteligencia.

Parece que hemos entrado en uno de estos períodos. Siempre las naciones y las razas han tenido que habérselas con problemas que, como el enigma de la Esfinge, no tienen fácil respuesta; pero nunca se han presentado problemas tan vastos é intrincados como ahora. Esto no es extraño. Que los últimos años de este siglo deben dar origen á importantes cuestiones sociales, dedúcese del progreso intelectual y material que ha caracterizado su marcha.

Entre el desarrollo de la sociedad y el desarrollo de las especies hay rigurosa analogía. En las formas inferiores de la vida animal hay poca diferencia de partes; las necesidades, lo mismo que las facultades, son

escasas y sencillas; el movimiento parece automático y los instintos apenas se distinguen de los del animal. Tan homogéneos son algunos de estos seres vivientes, que si se cortan en pedazos, cada pedazo sigue viviendo. Pero como la vida se revela en manifestaciones más elevadas, la sencillez cede el puesto á la complejidad; las partes se desarrollan en órganos que ejercen funciones separadas y tienen relaciones recíprocas; surgen nuevas necesidades y nuevas facultades, y cada vez se va necesitando un grado mayor de inteligencia para asegurar el sustento y evitar el peligro. Si el pez, el pájaro ó la bestia no poseyese más inteligencia que el pólipo, la Naturaleza sólo los produciría para hacerlos morir.

Esta ley—á la que la creciente complejidad y delicadeza de organización da mayor capacidad y más elevadas facultades, y requiere, por lo tanto, mayor inteligencia—se extiende á toda la naturaleza. En la escala ascendente de la vida viene por fin el hombre, el mejor organizado de los animales. Sus facultades más elevadas no sólo requieren para su empleo mayor inteligencia que la de los animales, sino que sin esa inteligencia no viviría. Su cutis es demasiado fino; sus uñas demasiado frágiles; está dotado muy pobremente para correr, trepar, nadar ó minar. Si no estuviese dotado de mayor inteligencia que la de los animales, perecería de frío, moriría de inanición por su incapacidad para procurarse alimento ó sería exterminado por los animales mejor acondicionados para la lucha, en que basta el instinto bestial.

No obstante, en el hombre, la inteligencia, que aumenta á través de la escala ascendente de la naturaleza, llega á un límite de desarrollo tan superior, que la diferencia parece de género más bien que de grado.

En él esa inteligencia limitada é inconsciente, en apariencia, que llamamos instinto, conviértese en razón consciente, y el divino poder de adaptación é invención hace al hombre el rey de la naturaleza.

Pero en el hombre se detiene la línea ascendente. La vida animal no reviste forma más elevada, ni podemos afirmar que, en todas sus generaciones, el hombre, como animal, haya progresado un ápice. Mas el progreso comienza en otra línea. Donde acaba la evolución de la especie, principia la evolución social, y ese avance de la sociedad que llamamos civilización aumenta de tal manera las facultades humanas, que entre el salvaje y el hombre civilizado hay un abismo tan inmenso que evoca el abismo entre el animal bien organizado y la ostra adherida á las rocas. Y á cada avance en esta línea se abren nuevos horizontes. Cuando tratamos de pensar cuánto conocimiento y cuánto poder puede dar la civilización progresiva á los hombres del futuro, la imaginación desfallece.

En este progreso, que comienza con el hombre, como en el que conduce á él, impera la misma ley. Cada avance exige mayor inteligencia. En los comienzos de la sociedad surge la necesidad de la inteligencia social para esa concordia de la inteligencia individual que constituye la opinión pública, la conciencia pública, la voluntad pública, y se manifiesta en las leyes, en las instituciones y en la administración. Cuando la sociedad se desarrolla, requiérese un grado más elevado de esta inteligencia social, porque las relaciones de los individuos entre sí se hacen más íntimas é importantes, y la creciente complejidad de la organización social origina nuevos peligros en la responsabilidad.

En el rudo comienzo, cada familia produce su ali-

mento, hace sus vestidos, edifica su casa, y cuando se muda, se proporciona medios de transporte. Compárese con esta independencia la intrincada interdependencia de los habitantes de una ciudad moderna. Pueden surtirse con mayor seguridad y con mucha mayor variedad y abundancia que el salvaje; pero es por la cooperación de millares de hombres. Hasta el agua que beben y la luz artificial que gastan, les vienen por una maquinaria especial, que requiere el constante trabajo y vigilancia de muchos hombres. Pueden viajar con una velocidad increíble para el salvaje; pero al hacerlo así, entregan su vida y su cuerpo al cuidado de los demás. Un rail roto, un maquinista borracho, un guarda-agujas descuidado, pueden precipitarlos en la eternidad. Y la facultad de aplicar el trabajo á la satisfacción de los deseos sobrepuja, de la misma manera, á las atribuciones directas del individuo. El trabajo entra á formar parte de una gran máquina, que en cualquiera ocasión puede paralizarse por causas que no están en su poder, ni siquiera en su penetración. Así, el bienestar de cada uno se hace más y más dependiente del bienestar de todos y el individuo más subordinado á la sociedad.

Y así vienen nuevos peligros. La sociedad ruda asemejase á las criaturas que, aunque se corten en pedazos, todavía viven; la sociedad muy civilizada es como un animal bien organizado: un golpe en la parte vital, la supresión de una simple función es la muerte. Una aldea de salvajes puede quemarse, teniendo que huir sus habitantes; mas éstos, acostumbrados á recurrir directamente á la naturaleza, seguirán viviendo. El hombre muy civilizado, acostumbrado al capital, á la maquinaria, á la minuciosa división del trabajo, queda en situación desesperada cuando súbi-

tamente se ve privado de estas cosas y arrojado en brazos de la naturaleza. Con el sistema gremial, para hacer un par de botas cooperan unas sesenta personas con ayuda de mucha maquinaria costosa. Pero de las sesenta ninguna hace una bota entera. Esta misma tendencia se observa en todas las ramas de producción, hasta en la agricultura. ¿Cuántos labradores de la nueva generación pueden usar el mayal (1)? ¿Cuántas esposas de labradores pueden ahora hacer con lana una chaqueta? ¡Muchos de nuestros agricultores no hacen siquiera su manteca ni siembran sus plantas! Una enorme ganancia en la fuerza productiva resulta de esta división del trabajo, que señala al individuo la producción de muy pocas cosas y hasta de una pequeña parte de las cosas que necesita, de esta división que hace á cada uno dependiente de los demás con quienes nunca está en contacto, y que hace más sensible la organización social. Una primitiva comunidad de aldea puede continuar la misma regla de vida sin sentir los desastres que oprimen otros pueblos á pocas millas de distancia; pero en la civilización rigurosamente enlazada á que hemos llegado, una guerra, una escasez, una crisis comercial en un hemisferio produce efectos en el otro, así como las sacudidas y choques de que una comunidad primitiva fácilmente se recobra, arruinarían á una comunidad muy civilizada.

Es alarmante pensar qué asoladores serían en una civilización como la nuestra, las horribles contiendas que abundan en la historia del pasado. Las guerras de países muy civilizados han sido, desde el comienzo de la era del vapor y de las máquinas, duelos de ejércitos más bien que conflictos de pueblos ó clases. El

(1) Instrumento para desgranar, cribar ó majar el centeno. —(N. del T.)

único vislumbre de lo que sucedería si las pasiones se inflamasen, estuvo en la lucha de la *Commune* de París. Y desde 1870 al descubrimiento del petróleo, se ha agregado el de agentes todavía más destructores. La explosión de una pequeña cantidad de nitroglicerina haría inhabitable una gran ciudad; la ruina de algunos puentes y túneles del ferrocarril causaría un hambre mayor que el muro de circunvalación que Tito alzó alrededor de Jerusalén; el sondaje del aire atmosférico en las cañerías de gas y la aplicación de una mecha, arrasaría todas las calles y volaría todas las casas. La guerra de los Treinta Años hizo retrogradar la civilización en Alemania; una guerra tan horrible la destruiría por completo ahora. No sólo han aumentado en gran manera las fuerzas destructoras, sino que toda la organización social se ha hecho mucho más delicada.

En un estado de menor complejidad, el amo y el criado, el vecino y el vecino, se conocen unos á otros; y hay ese rozar de codos que, en los tiempos de peligro, pone á la sociedad en condiciones de unirse. Pero las actuales tendencias han hecho que todo esto desaparezca. En Londres, los habitantes de una casa no conocen á los de la próxima; los inquilinos de cuartos contiguos son completamente extraños unos á otros. Si un conflicto civil destruyese ó paralizase la autoridad que conserva el orden, la vasta población se convertiría en un populacho sobrecogido de terror, sin lazo de unión ni principio de cohesión, y Londres sería saqueada y quemada por un ejército de ladrones. Londres es la mayor de las grandes ciudades. Lo que se dice de Londres, aplicase exactamente á New-York y también á muchas ciudades cuyos cientos de millares aumentan rápidamente hasta millones. Estos vastos

conglomerados de humanidad, donde el que busca aislamiento lo puede encontrar mejor que en el desierto; donde la riqueza y la miseria se tocan y se empujan; donde uno se refocila en la orgía y otro muere de hambre á pocos pasos, aunque separados por un gran abismo, como el que mediaba entre el rico en el infierno y Lázaro en el seno de Abrahán; estos vastos conglomerados son los centros y los tipos de nuestras civilizaciones. Si la sacudida ó el golpe disloca la completa y delicada organización, si se le arrebatara al policía su bastón de mando, se abrirán las fuentes de las grandes concavidades, y el caos volverá á reinar más compacto que nunca. Nuestra civilización despliega fuerzas destructoras. No es el desierto ni el bosque, sino las calles de la ciudad y los senderos del campo los que incuban á los bárbaros, que pueden ser para la época moderna, lo que los hunos y los vándalos fueron para la antigua.

No olvidemos que en el hombre civilizado todavía late el salvaje. Los hombres que, en los tiempos pasados, oprimieron ó se rebelaron, que pelearon hasta la muerte en contiendas insignificantes y bebieron la furia con la sangre, que quemaron ciudades y alquilaron imperios, fueron hombres idénticos en lo esencial á los que tropezamos diariamente. El progreso social ha acumulado los conocimientos, suavizado los modales, refinado el gusto y extendido la simpatía, pero el hombre todavía es capaz de sentir una rabia tan ciega, como cuando vestido de pieles, combatía á las bestias salvajes con una honda. Y las tendencias actuales, al menos en ciertos respectos, amenazan inflamar las pasiones que tantas veces han estallado en furia destructora.

Nada hay en el pasado que pueda compararse á los

* Luceo 19-16-adclante

rápidos cambios ahora efectuados en el mundo civilizado. Parece como si en la raza europea y en el siglo XIX, el hombre comenzase á vivir empuñando sus utensilios y haciéndose consciente de su poder. El paso de caracol de los siglos pasados se ha convertido en el impetu precipitado de la locomotora, que cada vez camina con más velocidad. Este rápido progreso se aplica primariamente á los métodos industriales y á las fuerzas materiales. Pero los cambios industriales implican necesidades sociales y exigen cambios políticos. Las sociedades progresivas son como los niños que, al crecer, cambian de traje: esto pasa con las instituciones de aquéllas. El progreso social requiere siempre mayor inteligencia en el manejo de los negocios públicos; pero esto con mayor razón á medida que el progreso es más rápido y el cambio más profundo.

Y que los rápidos cambios que ahora se verifican introducen problemas que exigen más diligente atención, puede demostrarse de cualquier modo. En todo el mundo civilizado se presentan síntomas de peligro, anuncios de violencia. Los credos mueren, las creencias cambian; las antiguas fuerzas del conservadurismo se disuelven. Las instituciones políticas se derrumban, lo mismo en la democrática América que en la monárquica Europa. Hay inquietud creciente y amargura entre las masas, cualquiera que sea la forma de gobierno; llévase á cabo un ciego tanteo para salir de una situación que se hace intolerable. Atribuir todo esto á las enseñanzas de los demagogos, es como atribuir la fiebre al pulso agitado. Es el nuevo vino que comienza á fermentar en viejos odres. Instalar en un buque de vela las formidables máquinas de un trasatlántico de primera clase, sería abrirlo en pedazos. Así,

las nuevas fuerzas que cambian rápidamente las relaciones de la sociedad, deben destruir las organizaciones políticas y sociales que no son aptas para resistir su tensión.

Ajustar nuestras instituciones á las crecientes necesidades y á las condiciones variables, es la tarea que nos incumbe. La prudencia, el patriotismo, la simpatía humana y el sentimiento religioso nos invitan á emprenderla. Hay peligro en el cambio violento, pero mayor peligro hay en el ciego conservadurismo. Los problemas que comienzan á planteárenos son graves; tan graves, que se teme que no puedan resolverse á tiempo para impedir grandes catástrofes. Mas su gravedad proviene de la mala disposición en que nos encontramos para reconocerlos francamente y abordarlos con audacia.

Estos peligros, que no sólo amenazan á un país, sino á la misma civilización moderna, no hacen más que demostrar que la civilización está pugnando por ascender un grado más; que las necesidades y las aspiraciones de los hombres han hecho impotentes las condiciones y las instituciones que antes bastaban.

Una civilización que tiende á concentrar la riqueza y el poder en manos de unos pocos afortunados y á hacer de los otros meras máquinas humanas, debe inevitablemente fomentar la anarquía y traer la destrucción. Mas es posible una civilización en que los pobres tengan todas las comodidades y conveniencias de que ahora disfrutaban los ricos, en que las cárceles y los hospicios sean innecesarios y las asociaciones de caridad ignoradas. Una civilización así sólo aguarda la inteligencia social, que adaptará los medios á los fines. Las fuerzas que darán remate á todo, están ya en nuestras manos. Aunque hay pobreza y necesidad,

hay aparente exceso de fuerzas productoras de riqueza. «Dadnos un mercado, dicen los manufactureros, y surtiremos de géneros indefinidamente.» «¡Dadnos trabajo!», gritan los hombres sin ocupación.

Los males que comienzan á surgir, derivan del hecho de que la aplicación de la inteligencia á las cuestiones sociales no marcha al compás de la aplicación de la inteligencia á las necesidades individuales y á los fines materiales. Las ciencias naturales avanzan á grandes pasos; pero la ciencia política anda á la zaga. Con todos nuestros progresos en las artes que producen la riqueza, no hemos hecho progresos en asegurar su equitativa distribución. Los conocimientos han aumentado vastamente; la industria y el comercio se han revolucionado; pero todavía no hemos convenido en si es mejor para un pueblo la protección ó el libre-cambio. Hemos elevado la maquinaria á un grado de perfección que, cincuenta años ha, no hubiera podido imaginarse; pero, en presencia de la corrupción política, nos encontramos como idiotas. El puente de Brooklyn es un grandioso triunfo de la habilidad mecánica; pero para conseguir edificarlo un ciudadano de Brooklyn tuvo que llevar á New-York sesenta mil *dollars* en un saco de noche para sobornar á los regidores de esta ciudad. El alma humana que concibió el gran puente está encarcelada en un cuerpo debilitado y frágil, que sólo podría verlo dilatarse mirando á través de un telescopio. Sin embargo, el peso de la inmensa masa está estimado y ajustado á cada pulgada. Pero el arte del ingeniero no impediría que el condenado alambre se ocultase entre el cable.

El progreso de la civilización requiere que la inteligencia se entregue más y más al estudio de las cuestiones sociales, y esto no la inteligencia de unos pocos,

sino la de la mayoría. No podemos, seguramente, abandonar la política á los políticos ó la economía á los profesores de colegio. Los pueblos mismos deben pensar, porque sólo los pueblos pueden obrar.

En un «Diario de la civilización» un maestro declara que la salvación de la sociedad es que cada cual cumpla con sus obligaciones. Este es el evangelio del egoísmo, que acaricia como suave flauta los oídos de los que, con tal de vivir ellos bien, piensan que todos quedarían satisfechos. Pero la salvación de la sociedad, la esperanza del libre y pleno desarrollo del mundo, está en el evangelio de la fraternidad: en el Evangelio de Cristo. El progreso social hace cada vez más del bienestar de todos la ocupación de cada cual; los une á todos con vínculos cada vez más estrechos que ninguno puede romper. El que observa la ley y respeta la propiedad y cuida de su familia, pero que no se interesa por la prosperidad general y no piensa en los que están debajo de él, á no ser de cuando en cuando para repartir limosnas, no es verdadero cristiano ni es tampoco buen ciudadano. El deber del ciudadano es algo más difícil que esto.

La inteligencia exigida para resolver los problemas sociales, no es una mera facultad del entendimiento. Debe ir animada por el sentimiento religioso y enardecida por la simpatía hacia el sentimiento humano. Debe estar por encima del interés particular, sea interés de pocos ó de muchos. Debe buscar la justicia. Porque en el fondo de todo problema social encontramos una injusticia social.

CAPITULO II

PELIGROS POLÍTICOS

La República americana es hoy día la avanzada de la civilización moderna. De todos los grandes pueblos de la familia europea, este pueblo es el más homogéneo, el más activo y el más asimilativo. Su programa de inteligencia y comodidad es el más noble; han adoptado plenamente los modernos adelantos industriales, y son los más prontos en utilizar el descubrimiento y la invención; sus instituciones políticas están más de acuerdo con las ideas modernas; su posición les exime de los peligros y dificultades que asedian á las naciones europeas, y una vasta extensión de tierras despobladas les da sitio para ensancharse.

A razón del aumento así continuado, el pueblo americano que habla inglés llegará á contar, dentro de un siglo, cien millones—población tan numerosa como la que poseía el gobierno de Roma en sus más gloriosos días.—A la mitad del siglo siguiente—época en que los niños ahora nacidos podrán vivir—contará más habitantes que la actual población de Europa, y al acabar el siglo, casi la población que, al comienzo de éste, tenía toda la tierra.

Pero el aumento de poder es más rápido que el aumento de población, y continúa en progresión acele-

rada. El descubrimiento y la invención estimulan el descubrimiento y la invención; y sólo cuando consideramos que el progreso industrial de los últimos cincuenta años promete palidecer ante las hazañas de los siguientes, puédesse imaginar vagamente el futuro que parece abierto ante el pueblo americano. El centro de la riqueza, del arte, del lujo y de la instrucción debe pasar á este lado del Atlántico antes que el centro de población. Parece como si este continente hubiese sido reservado—después de estar separado del resto del mundo por espacio de varios siglos—como el campo en que florecería libremente la civilización europea. Y por la misma razón de que este desarrollo es tan rápido y este progreso tan veloz, por la misma razón de que todas las tendencias de la civilización moderna se afirman más viva y vigorosamente que en cualquier otra parte, los problemas que la civilización moderna plantea se presentarán en toda su plenitud y exigirán más imperiosamente resolverse ó combatirse.

Difícil es para cualquiera abandonar la historia del pasado para pensar en la grandeza incomparable pronosticada por el rápido desarrollo de los Estados Unidos sin algo de miedo, algo de ese sentimiento que indujo á Amasis de Egipto á romper su alianza con el próspero Policrates, porque los «dioses no permiten á los mortales tal prosperidad». Al menos podemos estar seguros de esto: la rapidez de nuestro desarrollo trae peligros de que solo podemos preservarnos con inteligencia penetrante y ardiente patriotismo.

Hay un hecho sugestivo que debe impresionar á cualquiera que reflexiona sobre la historia de las eras pasadas y de las anteriores civilizaciones. Las naciones grandes, ricas y poderosas siempre han perdido

su libertad; sólo en las comunidades pequeñas, pobres y aisladas se ha conservado la libertad. Tan cierto es esto, que los poetas siempre han cantado que la libertad ama las rocas y las montañas; que retrocede ante la riqueza, el poder y el esplendor, las ciudades populosas y el bullicioso mercado. Tan cierto es esto, que los historiadores filosóficos han buscado en la abundancia de recursos materiales las causas de la corrupción y esclavitud de los pueblos.

La libertad es natural. Las percepciones primitivas son las de los derechos iguales de los ciudadanos y la organización política siempre arranca de esta base. Cuando el desarrollo social continúa, es cuando vemos al poder concentrarse y a las instituciones basadas en la igualdad de derechos pasar a ser instituciones que hacen a los muchos esclavos de los pocos. Veamos cómo sucede esto. En todas las instituciones que incluyen el amurallamiento del poder gobernante, hay, junto con el desarrollo social, una tendencia a la exaltación de sus funciones y a la centralización de su poder, y en las más vigorosas de estas instituciones una tendencia a la absorción del poder de las demás. Así, la tendencia del desarrollo social es hacer del gobierno la ocupación de una clase especial. Y cuando el número aumenta y el poder y la importancia de cada uno se hace menor si se le compara con el de todos, el gobierno tiende a prescindir del escrutinio y dirección de las masas. El jefe de un puñado de guerreros ó la primera autoridad de un pueblo pequeño sólo pueden mandar ó gobernar por el consentimiento común, y cualquier súbdito perjudicado puede fácilmente apelar á sus compañeros. Pero cuando la tribu se convierte en una nación y el pueblo aumenta hasta ser una ciudad populosa, el poder del jefe, sin adición

formal, se hace prácticamente mucho mayor. Porque con el aumento de individuos el escrutinio de sus actos se hace más difícil, es más trabajoso apelar á ellos con éxito y el poder agregado que dirige se hace irresistible contra los individuos. Y gradualmente, cuando el poder se concentra así, piérdense las ideas primitivas y el hábito de pensar se extiende, por lo que concierne á las masas, empleado en servicio de sus gobernantes.

Así, el simple desarrollo de la sociedad implica el peligro de la conversión gradual del gobierno en algo independiente del pueblo y superior á él, y el gradual secuestro de su poder por una clase gobernante, aunque no sea necesariamente una clase caracterizada por títulos personales y por estado hereditario, porque, como enseña la historia, los títulos personales y el estado hereditario no acompañan á la concentración del poder, sino que la siguen. Los mismos métodos que en una ciudad pequeña donde cada cual conoce á su vecino y donde los dueños de los intereses comunes están á la vista de todos, ponen á los ciudadanos en condiciones de gobernarse libremente, pueden, en una gran ciudad, como hemos visto en muchos casos, facilitar á un círculo organizado el apoderarse del gobierno y conservarlo. Así también, como vemos en el Congreso y en la legislatura de nuestro Estado, el desarrollo del país y el mayor número de intereses hacen menor la proporción de los votos de un representante á quien sus constituyentes conocen ó tratan de conocer. Y así también, los departamentos ejecutivos y judiciales tienden constantemente á prescindir del escrutinio del pueblo.

Mas á los cambios producidos por el desarrollo se agregan entre nosotros los cambios efectuados por los

métodos industriales perfeccionados. La tendencia del vapor y de la maquinaria es á la división del trabajo, á la concentración de la riqueza y del poder. Los trabajadores van agrupándose por cientos y miles en el empleo de simples individuos y firmas; pequeños tenderos y comerciantes conviértense en escribientes y comisionistas de grandes casas de comercio; ya tenemos sociedades por acciones cuyas rentas exceden á las de los mayores Estados. Y con esta concentración crece la facilidad de combinación entre estos grandes intereses comerciales. ¡Qué fácilmente se combinan las Compañías de ferrocarriles, los especuladores de carbón y hasta los manufactureros de mecha, para regular los precios ó para servirse del poder del gobierno! Todas las ramas de la industria tienden á la formación de sociedades contra las que el individuo es impotente y que ejercen su poder sobre el gobierno, con tal que puedan servir á sus intereses.

No sólo positiva, sino negativamente, las grandes agregaciones de riquezas, individuales ó en corporación, tienden á corromper el gobierno y á quitarle el freno de las masas y del pueblo. «Nada es más temible que un millón de duros, á no ser dos millones.» La gran riqueza siempre sostiene al partido que está en el poder, por corrompido que sea. Nunca se esfuerza por la reforma, porque instintivamente teme el cambio. Nunca lucha contra el mal gobierno. Cuando se ve amenazado por los poderes políticos, no se agita ni apela al pueblo; lo soborna. De esta manera, así como por la intervención directa, la riqueza acumulada corrompe al gobierno y contribuye á hacer de la política un comercio. Nuestras corporaciones organizadas, legislativa y parlamentaria, tanto cuentan con los temores como con las esperanzas de los intereses

de dinero. Cuando el «oficio» anda malo, su recurso es promulgar un proyecto de ley que alguna sociedad de dinero pagará por anular. Así también estos grandes intereses de dinero rellenan los fondos políticos con el pretexto de ser fieles al partido de los que están en el poder, no de otro modo que las Compañías de ferrocarriles dejan el paso libre al presidente Arturo cuando va á la Florida á pescar.

Cuanto más corrompido es un gobierno, más fácilmente puede servirse de él la riqueza. Donde la legislación tiene que venderse, el rico hace la ley; donde la justicia puede comprarse, el rico domina en la corte. Y si, por esta razón, la gran riqueza no prefiere en absoluto el gobierno corrompido al gobierno puro, no deja de convertirlo en una influencia corruptora. Una comunidad compuesta de hombres muy ricos y hombres muy pobres, fácilmente se convierte en una presa para que cualquiera pueda apoderarse del poder. Los muy pobres no tienen ánimo é inteligencia suficientes para resistir; el muy rico está demasiado comprometido.

La creación en los Estados Unidos de monstruosas fortunas, la acumulación de enormes riquezas en manos de las corporaciones, implica necesariamente, por parte del pueblo, la pérdida de autoridad gubernamental. Puede subsistir la forma democrática; pero tanta tiranía y tan mal gobierno puede existir bajo las formas democráticas como bajo cualquier otra; y, en realidad, conducen más fácilmente á la tiranía y al mal gobierno. Las formas importan poco. Los romanos expulsaron á sus reyes y continuaron aborreciendo hasta el nombre de rey. Pero con el nombre de Césares y Emperadores, que al principio significaba lo que nuestra «Joroba» (Boss), se humillaron ante

tiranos más absolutos que los reyes. Con el popular nombre de «jorobas», nosotros hemos creado ya Césares políticos en las municipalidades y Estados. Si este progreso continúa, llegará tiempo en que haya una joroba nacional. Somos jóvenes; estamos creciendo. Llegará día en que la «Joroba de América» será para el mundo moderno lo que el César fué para el mundo romano. Al menos es cierto que el gobierno democrático, más que de nombre, sólo puede existir donde la riqueza está distribuida con alguna igualdad; donde la gran mayoría de los ciudadanos son personalmente libres é independientes, no encadenados por su pobreza ni esclavizados por su riqueza. El hombre que depende de su amo para vivir, no es un hombre libre. Dar el sufragio á esclavos, es dar votos á sus poseedores. Que el sufragio universal aumenta, en vez de disminuir, el poder político de la riqueza, lo vemos cuando los dueños de fábrica y de minas votan á sus trabajadores. La libertad de conseguir, sin auxilio del miedo ni del favor, una existencia conveniente, debe acompañar á la libertad de votar. Así, pues, sólo una sólida base puede asegurar las instituciones republicanas. ¿Cómo puede decirse que un hombre tiene una patria donde no tiene derecho á una pulgada cuadrada de terreno; donde no tiene más que sus manos; donde, incitado por el hambre, debe pedir á sus compañeros el privilegio de servirse de ellas? Cuando procede á votar algún principio, se ha llevado á un extremo ridículo y peligroso. He conocido elecciones que se decidían acarreado pobres desde el hospicio hasta las listas electorales. Pero esas decisiones no pueden entrar en los intereses del buen gobierno.

En todo problema político late el problema social de la distinción de las riquezas. Nuestro pueblo no

reconoce esto, por lo general; y atiende á los charlatanes que se proponen curar los síntomas sin tocar á la enfermedad. «Elijamos buenos hombres para el gobierno», dicen los charlatanes, Si; ¡cojamos á los pajillos rociando sus colas de sal!

Nos conviene mirar los hechos frente á frente. La experiencia del gobierno popular en los Estados Unidos es indudablemente un fracaso. No es que sea un fracaso en todas parte y en todo. Una experiencia de este género no ha de resultar un completo fracaso. Pero, hablando en general de todo el país, desde el Atlántico hasta el Pacífico, y desde los Lagos hasta el Golfo, nuestro gobierno y pueblo se ha hecho y está haciéndose más todavía gobierno de los fuertes y desprecupados.

El pueblo, como es natural, continúa votando; pero está perdiendo su poder. El dinero y la organización entran cada vez más en las elecciones. En algunas secciones la corrupción se ha hecho crónica y un gran número de votantes esperan metódicamente vender sus votos. En algunas secciones los grandes mangoneadores se ejercitan en sacar los votos que quieren. En la política municipal y federal el poder de la «máquina» va en aumento. En muchos sitios se ha robustecido tanto, que el ciudadano ordinario no tiene más influencia en el gobierno bajo el que vive que la que tendría en China. Es, en realidad, no una de las clases gobernantes, sino una de las gobernadas. Accidentalmente y con disgusto, vota por «el otro hombre» ó por «el otro partido»; pero, en general, para ver que sólo ha efectuado un cambio de amos ó consolidado á los mismos amos con nombres distintos. Y comienza á aceptar la situación y á abandonar la política á los políticos, como si fuese algo en

que no debe intervenir un hombre honrado y que se respeta.

Desenmascaremos con serenidad á una clase gobernante, ó más bien á una clase de pretorianos, que hacen una ocupación: apoderarse del poder y venderlo después. El tipo del jefe de partido nuevo no es el orador ó el estadista de otras épocas, sino el astuto mangoneador que sabe cómo hay que manejar á los «trabajadores», cómo hay que combinar los intereses pecuniarios, cómo hay que conseguir el dinero y gastarlo, cómo hay que atraerse secuaces y asegurar su obediencia. La máquina de un partido está haciéndose complementaria para la máquina de otro partido, pues los políticos, como los accionistas de ferrocarriles, han descubierto que la combinación rinde más ganancias que la competencia. Así, las asociaciones de los adinerados se han hecho inexpugnables y los grandes intereses pecuniarios aseguran la realización de sus fines, de cualquier modo que se hagan las elecciones. Hay Estados que están de tal modo en manos de las asociaciones y compañías, que parece como si nada, fuera de un levantamiento revolucionario del pueblo, pudiese desposeerlos. En realidad, puede dudarse de si el gobierno general de nuestra nación no ha prescindido ya de la autoridad popular. Es cierto que el gobierno general tiene asegurada por algún tiempo la posesión, y al menos durante algún tiempo la silla presidencial ha sido ocupada por un hombre no elegido para ella. Esto, naturalmente, se ha debido en gran parte á la perversidad del hombre que fué elegido y á la falta de principios en sus defensores. De todos modos ocurrió.

Por lo que toca á los grandes accionistas de ferrocarriles, pueden decir, para emplear la frase del más

importante de ellos: «¡Condénese al pueblo!» Cuando necesitan el poder del pueblo, sobornan á los amos del pueblo. El mapa de los Estados Unidos se ilumina para que ostente Estados y territorios. Un mapa del verdadero poder político, debiera ignorar las líneas que separan los Estados. Aquí debiera haber un punto muy grueso representando los dominios de Vanderbilt; los dominios de Jay Gould debían marcarse espléndidamente. En otro lugar se iluminaría el imperio de Stanford y Huntington; en otro, el nuevo imperio de Enrique Villard; los Estados y partes de Estados que pertenecen á los dominios de la Pensilvania Central se distinguirán de los que están gobernados por Baltimore y Ohio, y así sucesivamente. En nuestro Senado Nacional supónese que están representados los miembros soberanos de la Unión; pero los que están más verdaderamente representados son los reyes del ferrocarril y los grandes intereses de dinero, aunque se tolera que se compre un asiento por amor de la gloria un agiotista de minas de Nevada ó Colorado, que no sea enemigo de los poderes gobernantes. Y los tribunales, lo mismo que el Senado, están llenos de asalariados de las compañías. Un rey de ferrocarril hace de su apoderado un juez á la última moda, como el gran señor feudal acostumbraba á hacer de su capellán un obispo.

No tenemos siquiera un gobierno barato. Mantenemos á una familia real; alojémosla en palacios como Versalles ó Sans Souci, proveámosla de cortes y guardias, sastres y jardineros, démosle bailes más costosos que los de Vanderbilt y costruyámosle *yachts* más hermosos que el de Jay Gould, y se gastará y se robará mucho menos que nuestro gobierno nominal del pueblo. ¡Qué noble cargo sería el de un Duque de New-

York, un Marqués de Filadelfia ó un Conde de San Francisco, que administrase el gobierno de estas municipalidades al cincuenta por ciento de los gastos actuales! A no ser en China, ¿dónde encontraríamos un gobernante absoluto que erigiese un monumento de extravagante vulgaridad como el nuevo Capitolio del Estado de New-York? Mientras tanto, como vimos en el Parlamento que acaba de cerrarse, los benévolo caballeros cuyo deseo es protejernos contra el miserable trabajo de Europa, discuten sobre la parte de botín que respectivamente les toca, sin ocuparse del contribuyente más que un pirata se ocuparía de los consignatarios de un buque capturado.

El pueblo comprende de sobra todo esto, y hay entre las masas mucho malestar. Mas falta ese interés inteligente necesario para adaptar la organización política á las condiciones variables. La idea popular de reforma parece ser simplemente un cambio de hombres ó un cambio de partido, no un cambio de sistemas. Niños políticos, atribuimos á los hombres malos ó á los partidos perniciosos lo que realmente deriva de profundas causas generales. Nuestros dos grandes partidos políticos no se proponen, en realidad, más que conservar ó arrebatarse los cargos del otro partido. En sus extremidades están los *Greenbackers* (1) que, con una idea más ó menos clara de lo que tienen que hacer, representan un vago disgusto social; los reformadores del servicio civil, que confían en llevar á cabo una reforma política al mismo tiempo que se apartan de la política, y los anti-monopolistas, que se proponen atar con bramante las locomotoras. Hasta las organizaciones del trabajo parecen tener en sus pla-

(1) Partido inglés avanzado que pudiera traducirse los *Nuevos Reformistas*.—(N. del T.)

nes más allá de las leyes para la jornada de ocho horas, de los negociados para la estadística del trabajo, de las casas de ahorros para los artesanos y de la prohibición de los contratos de cárcel.

Todo esto demuestra falta de energía y gran timidez de convicciones. El gobierno no se corrompe ni escapa de las manos del pueblo por casualidad. Si realmente queremos establecer y continuar este gobierno del pueblo para el pueblo y por el pueblo, debemos prestar la más decidida atención á nuestra política; debemos prepararnos para examinar nuestras opiniones, para desechar las ideas antiguas y aceptar las nuevas. Debemos abandonar el prejuicio y hacer nuestro análisis con espíritu amplio. El piloto que, por mucho que cambie el viento, persistiese en dejar á su buque con la misma vela y las mismas amarras, nunca llegaría á puerto.